

## LA COLECCIÓN DE MARFILES DEL MUSEO NACIONAL DE HISTORIA

GONZALO OBREGÓN

### *GENERALIDADES*

El marfil es la substancia ósea de que están formadas las defensas de los elefantes. Por asimilación se da también este nombre a los dientes de otros mamíferos, como los del hipopótamo, el narval, la morsa, etc.

Desde la más remota antigüedad, tanto en las culturas orientales como en las occidentales, fue muy apreciado el marfil para objetos utilitarios o meramente ornamentales. El valor de este material dependía, en gran parte, del tamaño del colmillo. Éste varía, aunque por término medio puede tener de 1 m. a 1.40 m. de largo, con un peso que no suele pasar de 40 kg. Hay casos de colmillos enormes, como los que cita Cuvier, que tenían 8 pies de longitud y de 500 a 600 libras de peso.

Se suelen distinguir dos clases de marfil: el blando o muerto, que es blanco, opaco y poco quebradizo, y el duro o vivo, ligeramente translúcido, con un color amarillento-verdoso o rojizo y más pesado que el blanco. Se distinguen también varias clases según las comarcas de que proceda y finalmente se diferencian los colmillos de los animales jóvenes, de los de los viejos, siendo éstos más apreciados.

Los descubrimientos arqueológicos y las descripciones de los escritores clásicos nos confirman lo que dejé asentado en líneas anteriores, a saber, que el marfil, por su blancura, su gran duración, la finura de su grano, el ser susceptible a un gran pulimento, y finalmente por la facilidad con que se trabaja, ha sido siempre empleado en todas las épocas, considerándose como una de las materias más estimadas para la decoración y ornamentación.

Durante los tiempos prehistóricos se empleó el marfil fósil; en la edad antigua se empleó el marfil africano y por excepción el de la India. Los egipcios usaban el del elefante y del rinoceronte, haciendo numerosos amuletos que los

fenicios exportaban después a las tierras más lejanas. Los persas exigían el marfil como tributo a los pueblos que podían proporcionárselo, y así nos dice Herodoto que los etiopes enviaban a Persia 20 grandes dientes de elefante como tributo. Los griegos, antes de conocer los elefantes, utilizaban sus defensas sin saber con seguridad si eran el cuerno de algún animal o uno de sus dientes; lo llevaban también de Etiopía, en cuya comarca había tal cantidad de elefantes, y por consiguiente, abundaban sus colmillos que, según Polibio, se les empleaba en usos tan vulgares como en las jambas de las puertas o en los establos; también se recibía el marfil, en la Grecia de Pericles, del lago Tricón, de la Mauritania, de los Nabateos de Arabia, etc. Cuando se aumentó el comercio, se llevó de comarcas más alejadas, y se conoció el marfil de la India que se denominó "Ebur indicum".

Roma heredó de Grecia el cultivo de la eboraria, pero no tuvo las cantidades que ésta, puesto que Pausania se sorprende de la piedad y magnificencia de los griegos que hacían llevar de la Etiopía y de la India las materias que habían de servir para las estatuas de los dioses.

Durante la Edad Media se empleó el marfil procedente de Siberia y principalmente del norte de Rusia. En esta región se explotaba este marfil fósil desde tiempos antiquísimos, puesto que lo conoció Teofrasto, llevándose primero a China exclusivamente, y después, en los siglos IX y X, a los pueblos de Occidente por los árabes. Se usó, además, el de la Costa del Marfil y el de Madagascar y Zanzíbar que, según Marco Polo, era abundantísimo y que se llevaba por Alejandría del Mediterráneo.

Del siglo XVI en adelante encontramos dos grandes corrientes en el comercio del marfil. Una de ellas tenía su origen en África del Centro, la Ciudad del Cabo, el Congo y Bengala. Saliendo de allí llegaba a Europa a través del puerto francés de Dieppe, de donde se repartía a todos los lugares en que era solicitado.

La otra corriente partía del norte de Rusia, Siberia y el Tibet (de donde procedía una gran cantidad de colmillos fósiles), llegando a China, país en que era sumamente apreciado el marfil. Estas dos corrientes con el marfil ya manufacturado, y en proporciones muy variables, confluyen a la Nueva España.

### *LOS OBJETOS DE MARFIL EN MÉXICO*

Es indudable que los primeros objetos manufacturados que llegaron a la Nueva España fueron imágenes de tipo religioso en marfil. Hay que tener en cuenta los antecedentes de la eboraria española; por un lado, los marfiles árabes del califato de Córdoba, entre los que se cuentan verdaderas obras maestras; por el otro, los marfiles románicos y góticos de tan extraordinaria calidad artística.

Nada más natural que los primeros pobladores de la Nueva España trajeran entre sus pertenencias objetos de marfil, dada su fácil transportabilidad. En inventarios de la segunda mitad del siglo XVI encontramos mencionadas imágenes, plaquetas, cajitas y estuches de marfil con guarniciones de plata labrada. Indu-

dablemente estos objetos fueron de importación europea y muchos de ellos deben de haber pertenecido —estilísticamente— a las postrimerías del gótico.

En muy temprana fecha, sin que sea posible precizarla, se establece el comercio entre la Nueva España y el reino de China, a través de las islas Filipinas. Las importaciones fueron numerosas, consistiendo sobre todo en sedas, ciertas especies, porcelanas y marfiles.

Estos últimos, para ser recibidos por la sociedad novo-hispana, tuvieron que cristianizarse, es decir, inspirarse en grabados, pinturas y posiblemente esculturas de origen europeo, reproduciéndolas y ajustándose lo más posible al original. Fue inevitable que con el tiempo estas primeras reproducciones recuperaran cierto carácter oriental, como tendremos ocasión de hacerlo notar al examinar los ejemplares existentes en el Museo Nacional de Historia.

Las esculturas en marfil fueron muy solicitadas en la Colonia y bastante abundantes a juzgar por los datos que nos proporcionan los inventarios. Basta recordar, como ejemplo típico, el retablo de la Capilla Doméstica del Noviciado de Tepotzotlán, en el que estaban colocadas incontables estatuitas de santos fabricadas en marfil.

En el siglo XVIII encontramos mencionados “nacimientos” hechos casi exclusivamente de figuritas de marfil, lo que prueba su abundancia.

La mayoría de estas piezas, tanto las de particulares como las existentes en conventos e iglesias, desaparecieron durante el siglo XIX, época nefasta para el caudal artístico de México. Continuó esta dispersión hasta nuestra época y son innumerables los objetos de calidad que han salido del país en forma definitiva.

El Museo Nacional de Historia posee una colección de marfiles, aunque no muy grande sí bastante representativa, cuyos ejemplares proceden en su mayoría de la Colección Alcázar. En la actualidad están exhibidos en dos vitrinas de la sala de “Artes Menores”, otros en la de “Joyas” y, finalmente, los de menos importancia, permanecen guardados en las Bodegas de Colecciones. Vamos a examinarlos ahora detalladamente, haciendo resaltar los ejemplares más importantes.

Cronológicamente, la obra más antigua que conserva el Museo es una plaquita de 11.5 × 6 cm. En dos círculos tangentes están representados el Bautismo del Señor y la entrada a Jerusalén. Ambas escenas están encuadradas por hojas de cardo finamente estilizadas. La calidad de la pieza y el estilo de las figuras, hacen que se le pueda clasificar como obra de un taller francés, posiblemente parisino, de mediados del siglo XIV, por lo que pertenece a una de las épocas más gloriosas de la eboraria occidental (Lám. I).

Del siglo XIV pasamos directamente al siglo XVI. Las piezas se pueden situar en forma un tanto imprecisa, ya que en los dos siglos subsiguientes se utilizaron modelos más antiguos, así es que muchas veces, si se toman en cuenta tan sólo elementos estilísticos o decorativos, se siente uno inclinado a atribuirles una antigüedad mayor de la que en realidad tienen.

Posiblemente del siglo XVI es una “Virgen con el Niño” existente en las colecciones, pero esta atribución se basa, sobre todo, en el aspecto tan vetusto de la escultura misma. Esto, sin embargo, se puede atribuir al maltrato de la

misma figura. Con más seguridad es del XVII una figura de "La Inmaculada Concepción", esculpida en una placa de 15 × 10 cm., que está representada de pie, en actitud hierática, rodeada de los símbolos de la Letanía y con el Padre Eterno bendiciendo en la parte superior. La imagen está indudablemente copiada de un grabado europeo o mexicano, pero interpretado por un chino. Es absolutamente china la cara del Padre Eterno y la del sol; la "Casa de Oro" de las Letanías se ha transformado en una pagoda con sus aleros incurvados y el "Huerto Cerrado" es también típicamente oriental. La figura de la Virgen no ha sufrido aún transformaciones, pero ya notamos en ella esa simplificación de paños que va a predominar en casi toda la producción oriental (Lám. II). De más carácter y mucho más fino trabajo es el San Jerónimo (Lám. III); el acabado de esta plaqueta es perfecto desde el punto de vista técnico, los detalles están vaciados, lo que da al conjunto una sensación de profundidad. El grabado europeo que sirvió de modelo está también interpretado por un chino; el león se ha transformado en un perro de Fo, las nubes son las típicas volutas chinas, el Padre Eterno parece un mandarín.

Estos mismos rasgos orientales persisten en la escultura exenta. La importación de figuras en marfil constituyó un artículo de provecho o comercio y ya hemos hablado de la boga que alcanzaron en la Nueva España. Debemos de insistir en lo difícil que es fijar fechas precisas a estas producciones y las rectificaciones constantes que exigen.

Parece ser del XVII el Niño Jesús dormido (Lám. IV), vestido con una camisita a cuadros y con dos pequeñas ovejas, una al hombro y otra bajo la manga. El encanto de esta figura radica en la ingenuidad con que ha sido tratado por el artífice.

Igualmente como Buen Pastor se le representa en otro de los marfiles existentes (Lám. V). En éste, sin embargo, encontramos una curiosa transcripción del Buda dormido, de similitud que me hizo notar el Dr. Palm. El artífice que talló la pieza debió de conocerla y simplemente pasó a términos cristianos una representación budista que le era familiar.

Notable por la calidad y la belleza de la materia es otro Niño Dios bendiciendo, de gran tamaño (Lám. VI), maravillosamente acabada. La forma de presentarlo no es original, y no era raro que a estas mismas figuras, ya en la Nueva España, se las revistiera con una delicada policromía.

Hay que hacer notar que, en general, los marfiles chinos antiguos están policromados, pero en forma muy discreta; hay partes de las figuras que quedan ligeramente entintadas mediante un procedimiento largo y muy minucioso. En la Nueva España la policromía se encomendaba a los pintores, que revestían las figuras de una capa de pintura al óleo, haciéndoles perder, a veces, la calidad de la materia.

De origen chino también es un bellissimo cofrecito (Lám. VII), conservado en la Sala de Joyas. La primera impresión es que se trata de un trabajo mexicano, pero un examen más atento ha hecho darme cuenta de que tiene el mismo origen que las piezas catalogadas anteriormente. El trabajo de las placas

que lo forman, especialmente las de enfrente, recuerda trabajos mexicanos de la misma época, pero las guarniciones de plata son absolutamente orientales. Veamos, por ejemplo, las cabezas de dragón de la parte superior y la que termina la aldaba.

Se presenta el problema, hasta ahora no resuelto satisfactoriamente, de la eboraria mexicana. Sabemos de firme que existió un grupo de artífices chinos, establecidos en la capital de la Nueva España por el barrio de San Sebastián. Lo más probable es que algunos de ellos hayan trabajado el marfil, especialmente para aplicaciones de muebles. No deben de haber sido muchos ni formado una escuela especialmente representativa. Es indudablemente de escuela mexicana el medallón en que se ve por un lado a la Virgen de Ocotlán coronada por la Trinidad y por el otro a la Guadalupeana (Lám. VIII).

Los cristos en marfil fueron muy numerosos, algunos de tamaño excepcional, pero casi todos de muy mediocre valor artístico. Existen en las colecciones del Museo 18 ejemplares, pero todos como obras de escultura son poco notables.

Más interesante es un lote de esculturas que se pueden catalogar ya en pleno siglo XVIII. Una de ellas es el bellísimo San Sebastián (Lám. IX) de la Sala de Joyas. Está representado en el momento de su martirio, atado a un árbol, los ojos levantados al cielo. Originariamente tenía flechas en plata o cobre dorado que iban en los agujeros que aún permanecen. El cuerpo está muy bien tratado, con una gran simplicidad de líneas, aunque la cara es inexpresiva. La figura se ve realizada por una discreta policromía.

De no menor calidad es el grupo del Bautismo de Cristo (Lám. X), igualmente de origen filipino. Este grupo es bastante raro, ya que por regla general los artífices repetían hasta el cansancio determinadas representaciones, y en esta producción meramente industrial son dignas de notarse las figuras que se singularizan o que debido a la habilidad del artista se salen de lo común y corriente. Tenemos el caso, para no citar otro, de la maravillosa Sagrada Familia en marfil que es una de las joyas del Museo de Arte Religioso. Una parecida, aunque en tamaño menor y no de tanta calidad, existe en las colecciones de Chapultepec.

En cambio, pocas piezas pueden ser comparables, desde el punto de vista del acabado, al "Niño Jesús dormido" (Lám. XI). Originariamente estuvo enriquecido con una discreta policromía: los cabellos dorados, los labios rojos y posiblemente tuvo vestidos de telas ricas.

El San José que se presenta en la lámina XII debió de formar parte de una Sagrada Familia, como las ya mencionadas. Aunque mutilado, la escultura es de suficiente calidad para merecer una mención especial.

Para finalizar lo referente a importaciones coloniales de marfiles chinos quiero mencionar, por último, una curiosa figura de pastora de principios del siglo XVIII (Lám. XIII), evidentemente inspirada en un modelo mexicano.

Los marfiles europeos de los siglos XVII y XVIII, son escasos en nuestras colecciones, no porque no se hayan importado, sino más bien por haber despertado el gusto de los coleccionistas y anticuarios que los hicieron salir del país con más provecho que los marfiles filipinos. No obstante, citaremos algunos ejem-

plares. Uno de ellos es un San Juan Bautista, de origen francés, proveniente, a juzgar por su factura tosca y poco cuidada, de algún taller provinciano. Se puede atribuir al siglo XVII.

La segunda pieza es una figura de mendigo, primorosamente tratada. Es muy posible que esta pieza se pueda atribuir al taller de Raimundo Capuz, que se dedicó con gran éxito a retratar, en marfil, a los pobres más conocidos que deambulaban por las calles de Madrid (Lám. XIV).

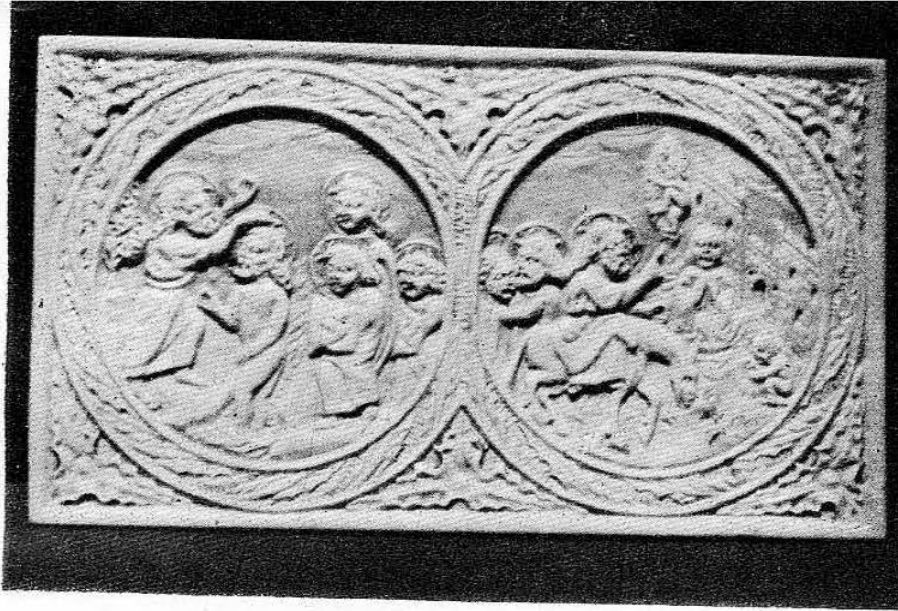
Finalmente, la figura más fina que conservamos de escuela europea, es un "San José con el Niño" (Lám. XV). La belleza de toda la escultura, la perfección técnica de los detalles, el magnífico plegado de las telas, diferencian profundamente esta imagen de todas las que hemos visto anteriormente. Atribuible a la misma escuela hay una Santa Isabel de Hungría aunque de menor tamaño y calidad que la precedente.

El siglo XIX, con todas las complicaciones políticas y económicas que ocasionó nuestra patria, introduce profundas modificaciones en la importación de artículos de lujo, ya que como tales se pueden considerar los marfiles tallados. Siguen, sin embargo, reuniéndose en México las dos corrientes a que hicimos alusión al principio de estas notas. Siguen llegando de China artículos manufacturados en marfil, aunque con una diferencia fundamental. Ya no se fabrican más cristos, vírgenes ni esculturas de santos. Ahora son objetos de tocador, bolas labradas minuciosamente unas adentro de otras, abanicos, arquetas con motivos chinos (ya que se consideran con más carácter las cosas netamente orientales que las interpretaciones chinescas de motivos del Occidente). Se importan igualmente bellísimos ajedreces, de los cuales, los más finos, están exhibidos en la Sala de Joyas.

A fines de siglo empiezan a adquirir boga las figuritas japonesas delicadamente labradas que presentan escenas de la vida diaria (Lám. XVI). Las colecciones del Museo conservan de éstas algunos preciosos ejemplares, tratados con ese sentido a la vez realista y delicado del arte japonés.

Llegan igualmente piezas de marfil labradas en Francia, con destino a los tocadores de las damas o a las vitrinas de los coleccionistas (Lám. XVII).

Para cerrar estas notas, y cerrarlas verdaderamente con broche de oro, quiero mencionar la maravillosa col en marfil labrado con exquisita policromía, obsequio del Gobierno chino a México, que entró a formar parte de las colecciones del Museo hace unos cuantos años. Esta pieza, proveniente de los tesoros del Palacio de Verano, puede figurar como una de las obras maestras de la eboraria universal.



Lám. I. Bautismo de Cristo. Entrada a Jerusalem.



Lám. II. Plaquetes. La Purísima Concepción. San Jerónimo.

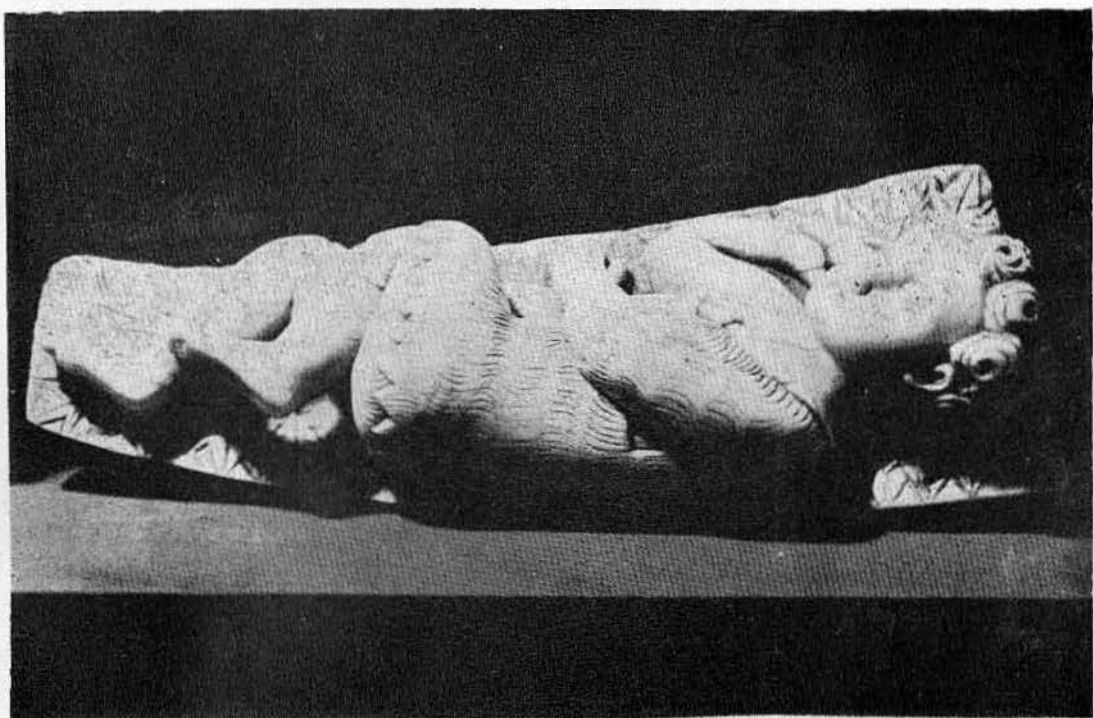


Lám. III. Paquetes. La Purísima Concepción. San Jerónimo.

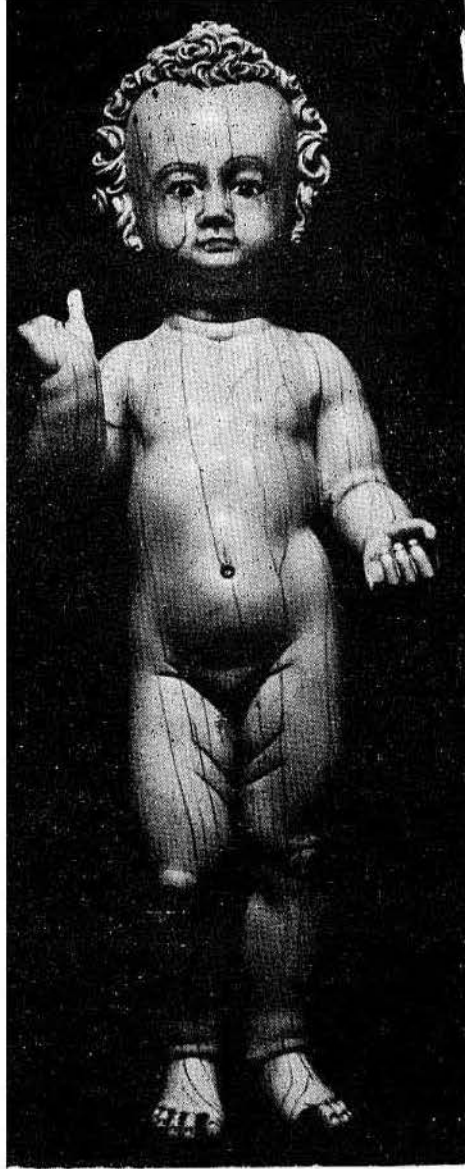


Lám. IV. Niño Jesús de origen filipino. Escultura en marfil con restos policromos.

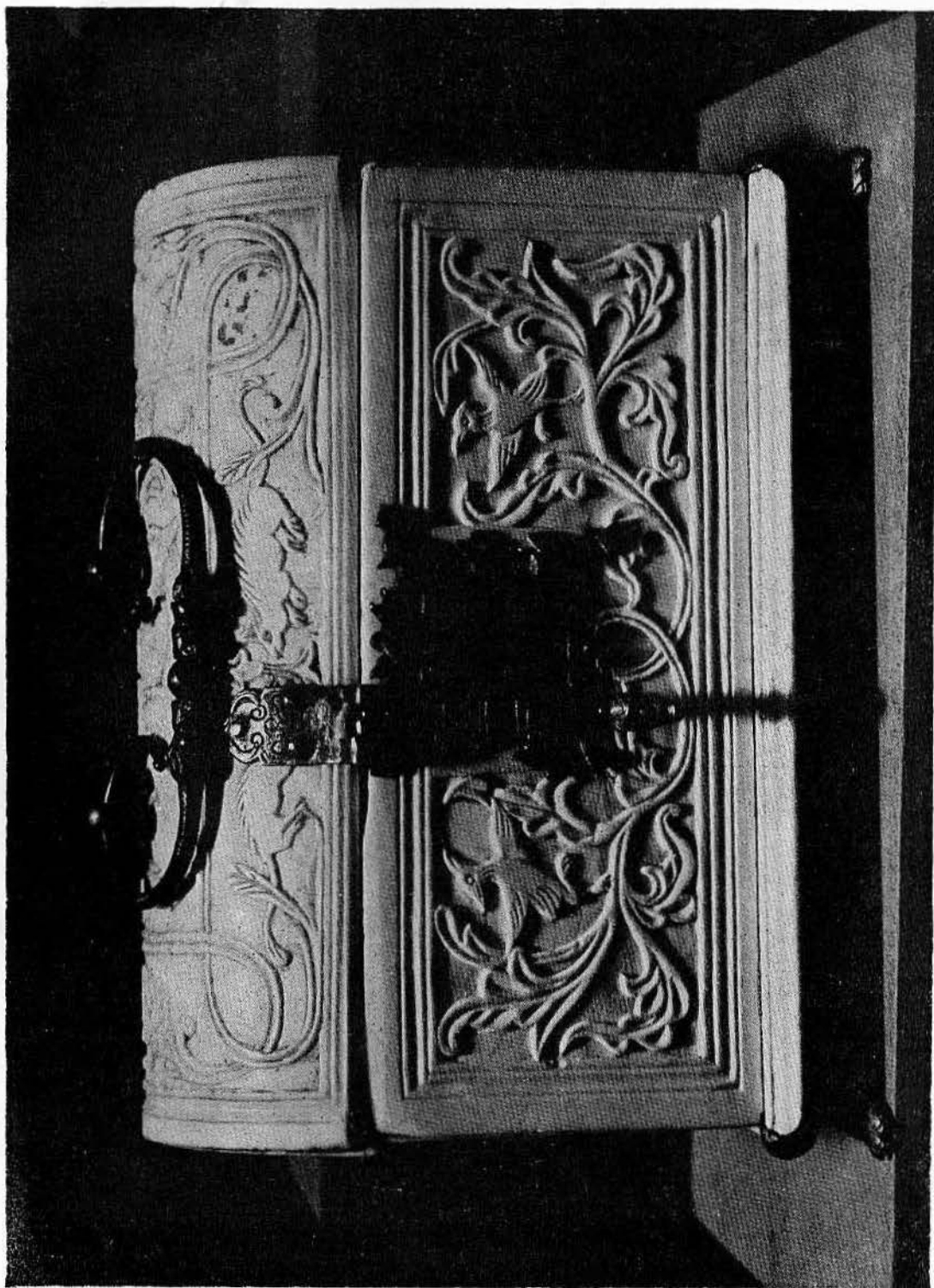




Lám. V. El Buen Pastor dormido.



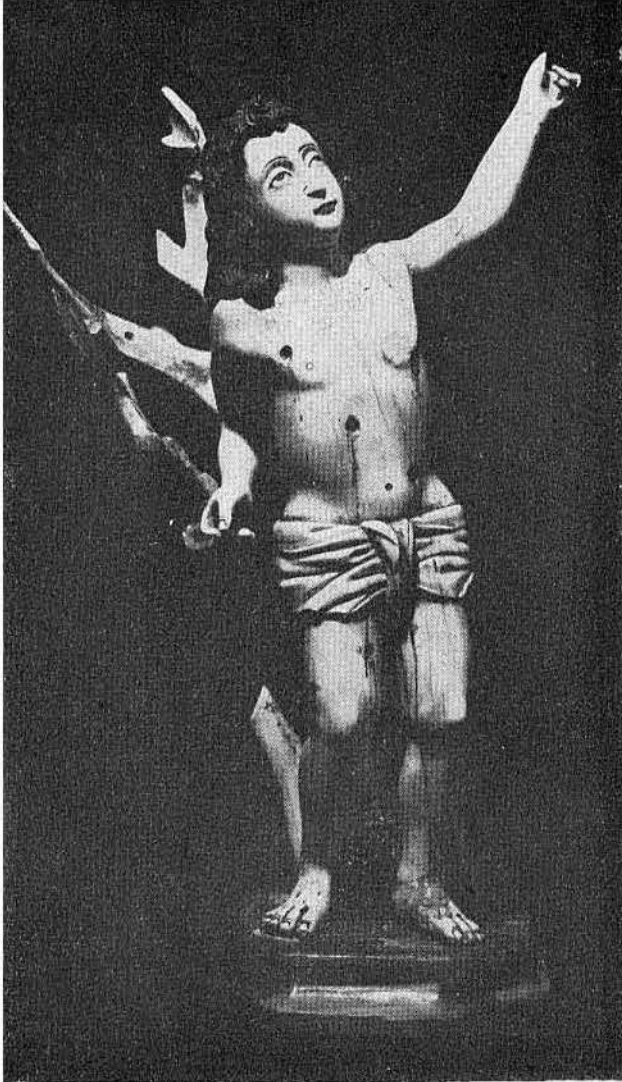
Lám. VI. Jesús bendiciendo.



Lám. VII. Cofre en marfil con guarniciones en plata.



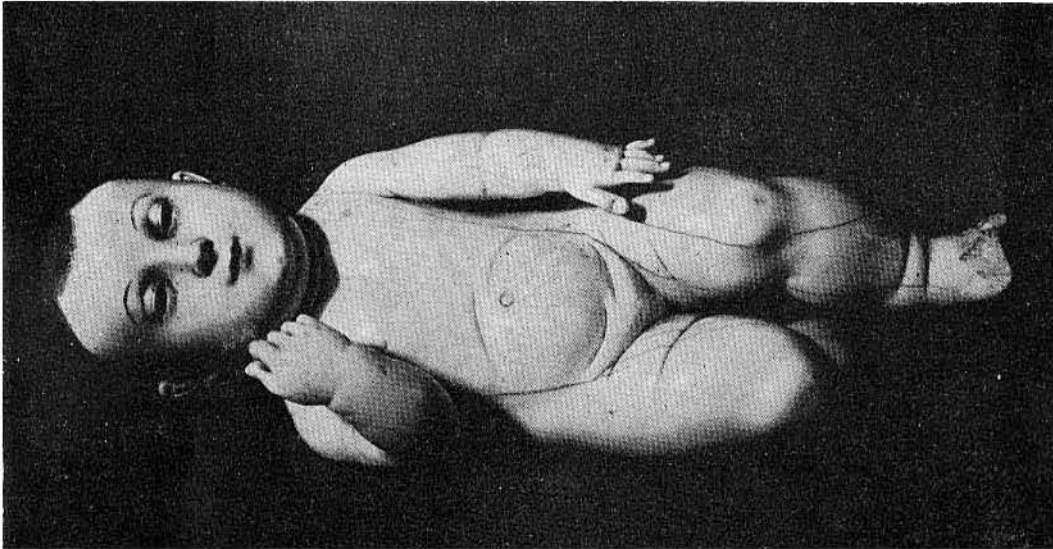
Fig. VIII. La Virgen de Ocotlán  
coronada por la Trinidad.



Lám. IX. San Sebastián.



Lám. X. El Bautismo del Señor.



Lám. XI. "Niño Dios Dormido". Trabajo filipino.





Lám. XII. San José. Parte de una Segunda Familia.



Lám. XIII. Pastora. Trabajo filipino.





Fig. XIV. Limosnero. Escuela española.



Lám. XV. San José con el Niño. Europeo (?) S. XVIII.



Lám. XVI. Escena japonesa. Grupo en marfil ligeramente policromado del siglo XIX.



Lám. XVII. Napoleón. Escultura en marfil, trabajo francés de mediados del siglo XIX.